

Cuentos del paraíso de las islas

11

01 Don Borondón el Babilónico

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 04/03/2023

Número de páginas: 13

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

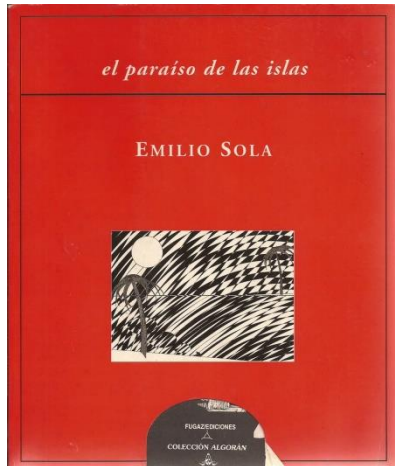
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

11

01 Don Borondón el Babilónico



“Don Borondón el Babilónico” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte del protagonista, Son Borondón el Babilónico o Sargón el Antiguo, o Borondón el Antiguo, como también se le llamó, en el año 52 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

11-01, 11-02, 11-03, 11-04 y 11-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.

2.- DON BORONDON EL BABILONICO.

2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.

2.2.- ¡Salud, amigos!

2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.

2.4.- Don Borondón y la luna llena.

2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.

2.6.- La construcción de la plataforma circular.

2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.

2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.

2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.

2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.

2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.

2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.

2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.

2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.

2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín.

2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Tittina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta

Gracia. La muerte de los jóvenes griegos Constantino y Melina.

2.17.- Días de junio del Antiguo encerrado en la plataforma.

2.18.- La luna llena de julio, la música y la muerte de don Borondón.

2.19.- La gran pileta de plástico y cerámica dorados.

2.20.- El amanuense interpola de nuevo: la luna de don Borondón.



DON BORONDON EL BABILONICO

2.1.

Nadie puede exigir nada a nadie salvo una conducta cortés. Finalmente, después de tantos años de reflexión, había llegado a esa única certeza. A la memoria le volvieron sus iluminados años de juventud estudiosa, los años previos de vida apasionada y apasionante, y la imagen de aquel viejo y raro Confucio se le coló de rondón. Cerró el cuaderno, apagó la lamparilla, se quitó los anteojos y los dejó sobre la mesa, abrió de par en par la puerta del mirador -luna llena hermosísima, arrullo de la mar-, se sirvió una copa de vino y salió a la terraza. Sonreía. Y pensó que tal vez fuera ya demasiado viejo para que aquella plasmación en pocas palabras de su descubrimiento pudiera ser operativa en su vida personal. “Mi libertad tiene un sólo límite: la cortesía”. Apuró la copa de vino. Sus ojos brillaban en la noche y su sonrisa se acentuó. “A mis años, sin embargo, mi libertad es chiquita, si no diminuta”. Se escanció otra copa de vino, encendió un cigarrillo y se acodó a la ancha baranda de balaustres renacentistas de granito gris. Desde el mirador se veía el camino hacia la playa entre naranjos. Era tarde; el grupo de la casa podía estar a punto de regresar. “Mas tal vez una libertad chiquita sea más soportable..., más llevadera al fin”.

2.2.

70

-¡Salud, don Borondón! -era la clara voz de Chito Gomes quien así le saludaba, bien reconocible, ya que no su rostro en la oscuridad, al pie del mirador.

-¡Te amo, viejo hermoso! -era ahora la de Leila Naser.

-Todos te queremos bien, y tú lo sabes, gran comunero -añadió alguien más.

Don Borondón alzó su copa de vino, todo el grupo de la casa llegado de la playa en la esplanada entre el palacete y el naranjal, y respondió al saludo.

-Salud, amigos.

2.3.

A don Borondón las gentes del este le conocían también con el nombre de don Sargón el Antiguo o don Sargón el Babilónico; algunos, por ello, le llamaban don Borondón el Antiguo o don Borondón el Babilónico, así como simplemente el Antiguo o el Babilónico. Era frecuente, en una cita, oír “como dice el Antiguo, tal cosa” o

“como decía el Babilónico, la libertad, etcétera”. Esos nombres suyos -nadie había oído otro que le designara, por lo que eran el suyo verdadero- respondían a una realidad: era un hombre viejísimo. Había conocido a Antón Dolores, había sido consejero de Juan Bravo antes de la gran guerra, compañero del padre del cuchillo Lauari Bujudmi; y a todos había sobrevivido incontables años. Originario del interior del norte -tal vez de centroeuropa-, de algún lugar de cuyo nombre no quería acordarse -y siempre que esto decía una irónica sonrisa iluminaba su rostro-, desde muy joven se había instalado en aquel tramo de costa. El fruto de sus viajes innumerables -varias vueltas al mundo, al parecer, la última en los años de la Gran Confederación- los había ido almacenando allí. Los libros, pues hombre de libros, los había conseguido reunir en la inmensa biblioteca que al cabo del tiempo había abarrotado aquel palacete renacentista de la costa que hoy todos llamaban la casa de don Borondón; aunque aquel palacete también era la casa de Fito Naser, allí nacido y que allí crecía, la casa de Miriam María, allí nacida y hoy de viaje, y la casa de más de una docena más de comuneros. Los objetos se habían dispersado. A veces llegaba a la casa alguno como regalo para alguien que al viejo Borondón hacía sonreír, recordar un antiguo viaje a Asia o al interior de Africa, o narrar alguna anécdota personal de los años de la puesta en marcha de la Gran Confederación; tal objeto no era extraño que a las pocas semanas o pocos meses partiera de nuevo de casa de don Borondón hacia otros lugares como regalo de alguien para alguien, mensajero feliz.

71

Pero los libros no. Allí estaban, hermosa herencia para el grupo. Había fondos preciosos. La cocina de la casa y sus anexos estaban ocupados por una completa biblioteca gastronómica; en especial estaba orgulloso don Borondón de la colección de cocina china en chino, algunos de cuyos títulos fundamentales habían traducido co-

72 muneros ilustres a lenguas más asequibles. En el gran salón, libros de artes marciales, deportes y juegos. En un pabellón expresamente construido, no lejos de la casa, se habían agrupado los de agricultura y jardinería con numerosas subsecciones monográficas; en otro pabellón, cerca del mar, los de navegación, fauna marina y pesca. En las dos más altas habitaciones de la casa, con acceso único desde la amplia azotea, terraza abarandada, se habían concentrado todos los títulos de literatura erótica, otro de los fondos mimados del Antiguo, libros compañeros, como su cuerpo, de largas horas de encendida soledad.

Pero el núcleo central y básico de la magna biblioteca, para la que el Antiguo había planeado aquel palacete de la costa y que ahora lo ocupara en su casi totalidad, había sido denominado "Revoluciones de la humanidad" y era de abrumadora amplitud. Cada habitación de la casa del Antiguo había sido invadida con el paso del tiempo por innumerables estanterías, las más primitivas con cierto aire de mueble aún, las más modernas pura estantería de suelo a techo, nuevo muro sutil. Con el tiempo habían nacido de manera natural los nombres -consecuencia lógica del apareamiento colección de libros/espacio habitado- con lo que eran designadas cada una de las habitaciones de la casa -la demográfica, la del neolítico, la astronómica, la política antigua, la industrial uno, etc.- por los ocupantes y visitantes de ella. Porque aquella biblioteca magna estaba habitada, nunca había dejado de cumplir su función de casa comunera; más aun, nunca había sido denominada biblioteca sino casa del naranjal o casa de don Borondón a secas.

2.4.

73

Las luces de la casa, poco antes desde lejos fantástico fanal, se habían ido apagando poco a poco. Sólo en lo alto, en uno de los balcones de una de las eróticas, la lucecita minúscula de la lamparilla de la mesa de trabajo de don Borondón seguía alumbrando, humilde competencia a aquella encantada y encantadora luna llena de abril. Leila Naser -en aquellos momentos la decana de la casa, podíamos decir, aunque es enojoso eso de tener que encontrar denominaciones concretas para designar funciones; podía ser reina, jefa, responsable y tantas palabras más, cuando en realidad era sólo Leila Naser-, Chito Gomes -de visita, al día siguiente volvía a su casa y lugar de trabajo- y el joven Paulov -demógrafo- charlaban con el viejo en la terraza de la azotea. Sabían que aquella noche, gran luna, no tenía prisa para irse a dormir; más aún, que tal vez cuando ellos se retiraran seguiría enredando en sus papeles hasta el alba. Chito se había acompañado a la guitarra algunas de las canciones favoritas del Antiguo hasta que éste se había quedado ensimismado, sus ojos fijos en algún punto indefinido de la noche iluminada. Dejó el americano la guitarra, el joven Paulov escanció otra copa de vino al anciano -la de Leila Naser, única que había aceptado la copa de vino que don Borondón le ofreciera, estaba aún llena- y éste rompió el silencio.

-Esta debería de ser, amigos, mi última noche de gran luna en la casa. Si ustedes quisieran... Pero no lo veo yo muy claro, no... -parecía como si don Borondón hablara consigo mismo o con alguien invisible más allá de la balaustrada, aún allí fijos sus ojos.

Leila miró a sus compañeros, éstos a ella, y un mensaje mudo de tristeza comunicaron aquellas miradas. Leila rompió el segundo silencio.

-No se preocupe usted, don Borondón. Las obras van muy bien.

74 -Sí, sí, ya lo sé. Eso mismo me venís diciendo desde la primavera pasada y nunca se terminan.

Don Borondón se puso en pie. Encendió un cigarrillo -no ofreció; sabía que ninguno de sus contertulios fumaba-, apuró su copa de vino -Paulov se apresuró a rellenársela de nuevo- y paseó hasta el extremo de la azotea en silencio respetado por sus compañeros. Miró a la luna, reina de la noche, y rompió el tercer silencio.

-¡Amada mía! -musitó el viejo. Apoyó las manos en la balaustrada. ¡Amada fiel! -casi era un susurro. Con paso lento se dirigió hacia donde estaba el grupo, aunque con sus palabras se dirigiera a la gran luna-. Mucho me temo, amada luz, que nuestros amigos no me toman, no nos toman, mejor dijera, en serio. He intentado siempre ser extremadamente cortés con ellos; ellos lo han sido siempre conmigo. Por eso nos amamos. Desde hace un tiempo, sin embargo, mi cortesía les produce tristeza. Tal vez me interpretan mal. Me engañan -el Antiguo miró con fijeza a Leila Naser; la mujer apenas podía contener las lágrimas-. Pudiera ser, Leila, que estés cometiendo una grave falta conmigo, tanto como decir con nosotros, pues somos uno... Tan grave falta como los celos, pues toca a la libertad, a la mía, que es tanto como decir a la nuestra... -el Antiguo estaba en pie frente a ellos, sus ojos clavados en Leila, iluminados-. Leila: quiero pasar la gran luna de mayo a solas con ella y frente al mar. Prométeme respetar mi deseo, mi libertad...

No pudo concluir la frase don Borondón. Leila Naser se le había echado al cuello y lloraba abrazada al viejo, en su hombro la mejilla ardiente. Quiso decir algo pero las palabras se negaron a tomar vuelo. Chito, más sereno, sonriente, les echó un cable.

-Le prometo en firme, don Borondón, que todo estará listo para la luna llena de mayo. Sólo faltan unos detalles del montaje eléctrico y los están ultimando en Spalato. En dos semanas estaré de vuelta y la ubicación final será cosa de dos o tres días.

Chito se levantó, abrazó a los abrazados y los besó repetida e indistintamente en frente y mejillas. Leila había dejado de sollozar.

-Todos te amamos, viejo hermoso -repetía ahora con dulce tonalidad.

Cristino Paulov sacó y llenó dos copas más, ofreció a los tres y los cuatro brindaron, la luna a punto de ocultarse detrás de la colina, horizonte del naranjal.

-Por la vida, don Borondón -el Antiguo apuró su copa, Leila la medió y los otros dos la cataron discretos en el brindis-. Por su envidiable longevidad.

-Por vosotros, amigos -concluyó don Borondón-. Por vuestra envidiable edad.

Leila, Chito y Cristino Paulov se retiraron. Antes de bajar a su habitación -por supuesto, la demográfica- el joven Paulov le comentó sonriente al Babilónico.

-¿Tendré que renunciar a sus consejos en mi trabajo, maestro?

-¡Oh, Paulov! Eres más sabio que yo en tu trabajo. Además, debes respetar mi derecho al ocio, muchacho -quiso precisar más-. Todo el mes próximo seguiré a vuestro lado; en mayo, y hasta la llegada del verano,

podrás venir a visitarme a la playa si lo deseas, incluso cada día. Será el periodo de tiempo de mis últimas palabras.

- 76 El viejo apuró las copas de vino de sus contertulios, encendió un nuevo cigarrillo, despidió a Paulov con un “hasta mañana, amigo”, entró en la erótica en donde la lamparilla aún alumbraba sobre la mesa de trabajo, se ajustó los lentes y garabateó algunos papeles antes de -después de una amorosa y larga mirada a la colina por donde ella se había ido- extenderse sobre el camastrón para recibir al sueño -ya amanecía- con los primeros rayos del sol.

2.5.

En los días siguientes a la gran luna de abril don Borondón el Babilónico había procurado no faltar ni una sola mañana a su cita con las obras, como él decía. El primer día tras la gran luna se había levantado tarde, a mediodía, pero los siguientes había vuelto a la costumbre de hacerlo con el sol, como los de las faenas del campo. Con ellos coincidía, después de las abluciones y a veces chapuzones en agua fría y los breves ejercicios de desentumecimiento muscular que le dejaban hecho un chaval, a la hora del desayuno. Salvo en contados días -de intenso trabajo o, más contados aún, de enfermedad- nunca había permitido el viejo que le subieran las comidas a las eróticas o a la terraza de la azotea. La euforia que solía reinar en aquella hora temprana -tras sueño reparador, cuerpo restaurado-, las bromas, los planes del día, en ocasiones las picantes aventuras de la noche -sobre todo si había algu-

na visita de otras casas de la región o algún viajero- eran para el Antiguo tanto como el sol naciente, omnipresente, eficaz motorcito de arranque para el nuevo día.

77

Tenía por entonces don Borondón una figura en verdad de Antiguo. El último año se había dejado crecer la barba y el pelo; aunque ralos, habían crecido desmesurados y de intensa blancura; el viejo, además, los mimaba con rara coquetería. Con la ayuda de Leila Naser había experimentado media docena de champúes y cosméticos para el cabello hasta hallar el más adecuado, uno para niños, a base de hierbas, fabricado por comuneros en Anatolia y de gran difusión en los últimos años, que al viejo se le antojaba también crecepelo. Leila le recitaba en ocasiones fragmentos de un libro de versos de antes de la Gran Confederación, "La isla", muy apreciado por los comuneros, sobre todo cuando le veía más ensimismado con su figura; como aquel que decía: "para llegar a tu belleza, / bello viejo de larga cabellera y largas barbas blancas / con tan honda tristeza de ciprés cruzándole la boca, / para llegar..."

Don Borondón el Babilónico hundía entonces su mirada en la profunda sima de sus ojos en el espejo. Barbas y melena blanquísimas eran sólo un marco adecuado para realce de aquellas dos encendidas candelas que conservaban intacto el brillo de su muy alejada en el tiempo - mas "¿qué era el tiempo en realidad más que un presente gozoso y renovado con diferentes cotas de ejercicio de libertad en cada uno?", parecía parafrasear el viejo, citándose a sí mismo, antes de sonreír y apartar la mirada de la imagen de sus propios ojos reflejados- juventud.

Sólo en momentos así el Antiguo, y sólo en presencia de Leila Naser, extraía de uno de sus estantes de la erótica lo que él llamaba el espejo mágico. Era éste un espejo que reflejaba la figura sin color, sólo en

78 blanco y negro, y con un sfumado que hacía recordar las películas de los primeros tiempos de la historia del cinematógrafo. Encuadernado como un libro, estuche de cabritilla verde, en el lomo podía leerse “La gran aventura” y “Anónimo”. El camuflaje era perfecto. Leila, a quien el viejo quería transmisora de aquel objeto, conocía la ubicación y contenido del título “La gran aventura”; de él se hablaba, en ocasiones, como misterioso tesoro de don Borondón de profundo contenido filosófico. El misterio en torno al falso libro de cabritilla verde no era, sin embargo, secreto -falta grave era considerado el secreto de lo que fuera- sino capricho de don Borondón, amante de los juegos, las parábolas, los enigmas y los contrastes. Leila Naser y el Antiguo sabían que era así: un día -no lejano, “sabía” el Babilónico- aquel falso libro sería el protagonista de una fiesta comunera.

El Antiguo necesitaba varios cafés por la mañana para terminar de despertar, como él decía, a pesar de las protestas de sus compañeros. “Viejo centenario adicto a todos los estimulantes decadentes como vino, tabaco y café”, bromeaba a veces la Leila Naser al negarle un último pocillo. “Pero que no encuentra un mal rayo que le parta”, contestaba a su vez el viejo al comprender que no habría un tal último pocillo más. Buscaba entonces su bubú blanco -o abaya o darraj, como en el área del Sahara se decía a las prendas similares-, regalo de Peggy Smith -la cantante negra, ¡cuántos años atrás!, muerta en escena en Nueva York nada más cantar hermosa nana en una versión moderna de Porgy and Bess-, bubú siempre limpio y bien planchado en el perchero de entrada de la casa, se armaba del bastón -cayado nudoso, más bien bordón pues su misma altura tenía-, y se echaba al campo, a través del naranjal hacia la playa, a su cita cotidiana con las obras.

Sigue en 11-02-Don Borondón el Babilónico